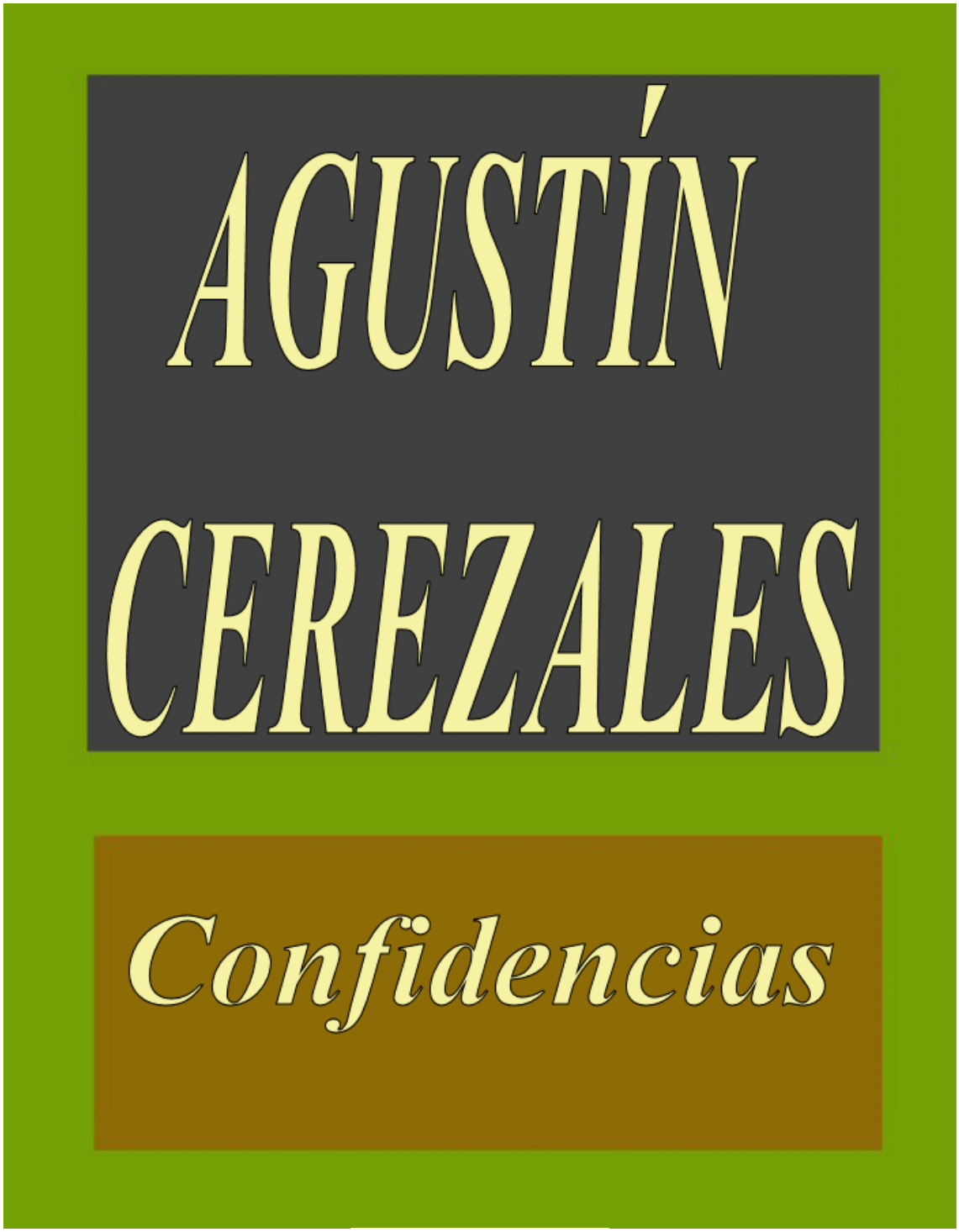
Confidencias
AGUSTÍN CEREZALES



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Paco Rabal, alegría y amistad

Mi abuelo sonrió de una manera muy rara cuando fui a pedirle ayuda para escapar, para tomar el tren e irme a Florencia en busca de Nani, el hombre de mis sueños.

-¿Por qué te ríes? ¿Sigues creyendo que soy una niña pequeña?

-No, no es por eso. Una niña sí eres, pero también los niños sueñan. Dime, ¿cómo es el tal Nani?

-Es moreno, delgado y muy guapo, aunque está empezando a quedarse calvo.

-¿Y es así como lo soñaste?

-No lo sé. En líneas generales, sí. Excepto en lo de la calvicie, responde a mi hombre ideal.

-Ah. Por un momento había creído...

-¿Qué es lo que creíste?

-Nada; que siendo tú mi nieta y yo tu abuelo, lo mismo éramos almas gemelas.

-Somos almas gemelas, abuelo, y lo sabes bien. Dime, ¿me vas a prestar el dinero?

-No somos almas gemelas, María, pero da igual. Y sabes muy bien que te voy a dar el dinero. Lo hago porque sé que te irías de cualquier forma, no porque me entusiasme el Nani ése. ¿Cuánto necesitas?

-Para el tren; unas quince mil pesetas.

-Y allí, ¿de qué vas a vivir?

-Venderé pulseras en la calle.

El abuelo se levantó entonces, algo menos ágil, me pareció, que de costumbre. Fue a su escritorio, sacó sus papeles y rellenó un talón con su letra tan cuidadosa, tan regular y envidiable.

-Esto es demasiado, no necesito tanto.

-Nunca se sabe, aunque quizá tengas razón, y sea demasiado. Si a mí me hubieran dado algo cuando me vine para Madrid ¡Lo mismo no habría llegado! Los tiempos cambian, ¿sabes?

Me ofreció la mejilla, pero sentí que era muy poco un simple beso para agradecer tanta generosidad, tantas cosas. Hacía mucho calor, además, y tenía toda la tarde por delante. El despacho de mi abuelo, con las persianas casi cerradas, dejando pasar sólo unos hilos de luz en la penumbra, invitaba a quedarse un rato todavía.

-¿Me invitas a un café?

Le brillaron los ojos.

-Claro, si tú quieres. Espera un rato ahí; ahora vuelvo.

Se fue a la cocina. A esa hora la vieja Amelia dormía la siesta, y además él sostenía, y era cierto, que nadie sabía hacer un café como el suyo. Pude acompañarle, tratar de obtener el secreto, pero preferí estar un rato a solas en el despacho, respirando aquel olor tan peculiar, buscando alguna cara nueva entre las fotos de las paredes, alguna historia olvidada entre tantas historias como había oído en la niñez, arrebujada en el frescor del sofá de cuero rojo.

Empezaba a sentir un grato sopor, pero cuando quise darme cuenta ya estaba él de vuelta, tan preciso y diligente.

-Aquí tienes tu café -traía una bandeja con una taza humeante y un azucarero.
-¿Tú no tomas?
-Me lo han prohibido. Fue a servirse una copa de coñac.
-¿Y beber sí puedes?
-Tampoco.
-¿Entonces?
-Entonces, nada. Me apetece. Vamos a ver. Cuéntame algo más concreto de ese amigo tuyo, dónde lo conociste, a qué se dedica.

El café era sensacional, pero empecé a arrepentirme de haberlo pedido si ahora tenía que someterme a uno de sus hábiles interrogatorios. No iba a gustarle nada enterarse de que Nani no estudiaba ni trabajaba, y menos de que militaba en un partido de extrema izquierda, dedicado a la captación callejera. Nunca supe mentirle, así que abrevié:

-No lo sé, abuelo, casi ni lo conozco. Sólo sé que es el hombre de mis sueños, y ya está.

Siguió un silencio. Me estudiaba tomándose todo su tiempo, con esa sonrisilla cariñosa que sólo un abuelo -ni siquiera un padre- puede permitirse.

-Tú sabes que yo nací en Jaén, ¿verdad? -dijo por fin, con un tono de voz distinto, como si deseara firmar las paces.

Yo sabía, claro, que había nacido en un pueblo de Jaén. Sabía que su infancia había sido muy dura, que se había quedado huérfano y solo muy pronto, que a los diez años ya trabajaba como un hombre y a los quince se había echado al camino, que había huido de la miseria hasta llegar a Madrid en busca de fortuna, y que la había encontrado. Lo sabía todo, y él sabía que yo lo sabía, pero decidí que bien podía escucharlo una vez más y me estremecí al pensar que acaso ésta fuera la última. La tarde se anunciaba lenta y más valía oír la historia ejemplar y consabida a hurgar en mis ilusiones frágiles. De modo que

asentí vagamente curiosa, dulcificando lo más que pude mi voz y mi impaciencia:

-Sí, me lo has contado muchas veces, pero no me aburre, no creas. Siempre hay algo nuevo, siempre me queda la sensación de que aún falta algo.

Esto último era una improvisación descarada, pero surtió efecto. Bebió un sorbo de coñac, con ese gesto suyo seco:

-Claro, hay algo que no te he contado. ¿Te conté la sed que pasábamos?
-Yo en realidad nunca he pasado sed, abuelo, ni hambre. Pero si no llega a ser por ti, creería que sí.

La sed y el hambre eran las palabras clave, la señal de partida. Tras una breve pausa retórica, el abuelo puntualizaba que él, a diferencia de la mayoría de los españoles, había pasado más hambre y más sed antes que durante o después de la guerra, y tras este obligado preámbulo nos internábamos descalzos, rotos los pies, por los olivares interminables de Jaén, por las madrugadas heladoras de las recogidas, por los mediodías abrasadores de las plantaciones, cavando los hoyos para los acebuches, un hoyo tras otro, hoyos de un metro cúbico, un metro a lo hondo, un metro a lo ancho, cavados a fuerza de pico y pala, rompiendo terrones duros como piedras, con el cascabel al cuello y el sudor a mares.

El cascabel era lo peor; nunca conseguía imaginarlo exactamente. Si el cascabel sonaba, era que el jornalero cumplía. Si no, se acercaba por allí el aguador, el odiado chivato intocable, y tomaba nota del descanso ilícito o del sueño traicionero y lo denunciaba al patrón: ese día no se le daba el agua, y esa noche no habría nada que llevarse a la boca.

Como el abuelo solía quedarse dormido más veces de la cuenta, hubo un día en que no lo dejaron ya entrar en la finca, o en que supo que tenía que marcharse de allí. La conclusión era que si la necesidad no lo hubiera empujado, si no hubiera sido tan dormilón, nunca habría llegado a Madrid, nunca habría hecho fortuna, y yo acaso no existiría, o por lo menos no sería una señorita consentida.

-Abuelo -decía yo entonces-, ¡qué suerte que seas tan dormilón! Yo también soy muy dormilona, ¿sabes?
-Es lo que te he dicho siempre, y es verdad: la gran suerte de mi vida fue ser un dormilón. Claro que si te dijera que más que un dormilón fui un soñador, no lo entenderías. ¡Las palabras están tan gastadas!

-¡Claro que te entiendo! ¡Y claro que eres un soñador, siempre lo has sido!

-¿Quieres más café?

-No, gracias. Estaba buenísimo.

-Pues yo voy a ponerme otra copita.

No mentía: la segunda copa era copita, sólo un dedo en el fondo del vaso.

-Los jóvenes, en realidad los viejos también, tendemos a dar por hechos ciertos y comprobados lo que al principio no fueron sino meras suposiciones, o improvisaciones. Es lo más cómodo. Yo mismo, a fuerza de contar mi vida de una manera, he terminado aceptando que fue así, que mi suerte fue ésa. Son ganas de creer algo. La realidad fue mucho más simple, y a la vez más complicada. Tanto que no sé si debería hablar de suerte.

Me estiré en el asiento, alarmada.

-No te emociones -me tranquilizó-, no es nada del otro mundo, o sí, pero eso da igual. Sólo que nunca lo había contado. ¿Tienes prisa?

-No tengo prisa. Cuéntamelo.

-Sucede, sencillamente, que para ser exactos hay que decir que no me despidieron por dormilón, sino que en todo caso me hubieran despedido por soñador. Es verdad que me quedaba dormido a cada dos por tres encima del pico o de la pala, pero no era por agotamiento ni por debilidad, sino porque quería quedarme dormido.

-¿Quieres decir que lo hacías aposta, que querías que te castigaran, para así obligarte a emigrar? -pregunté, en el colmo de la admiración.

-No, no, nunca fui tan maquiavélico, y menos contra mí mismo.

Digo que quería dormir porque quería soñar. Es decir, quería volver a tener el mismo sueño de la primera vez.

-No entiendo nada.

-Claro, como que tú no has soñado.

-¡Abuelo! ¡Sueño todos los días!

-Escucha. Te aseguro que era la mujer más bonita, más limpia, más adorable que nunca haya visto nadie. Y estaba en peligro. Un malvado a caballo quería desposeerla de sus tierras, de unos yermos incultos en un lejano confín que le había dejado un abuelo tan viejo como yo ahora, pero que en realidad valían su peso en oro, porque escondían petróleo.

Era horrible que el abuelo chocheara, que se me emborrachara, que don Alberto se volviera loco un día tal que así, delante de su nieta, una tarde candente de finales de julio en Madrid, cuando ya

nadie está para nada. Pero había que aguantar el tirón, acompañarlo hasta el final, y lo dejé seguir:

-¡Era tan bella! -entornaba los ojos, murmurando para sí, como si recitara un poema-. ¡Era tan tierna, tan dibujados sus labios, y el remolino de su pelo en las sienes y en el cuello, y tan grande el desierto, tan árido el viento, tan picudos los cardos, los mostachos del malvado!

Se quedó un momento estudiando mi reacción, y luego, conciliador, me confesó:

-¡No se lo había contado nunca a nadie, ni siquiera a Benito!
-¿A Benito?
-A Benito Perojo.

Benito Perojo nos estudiaba a su vez con su fina compasión irónica, enmarcado en la pared. Me encogí de hombros.

-María querida: eso fue lo que sucedió, que soñé con ella, que supe que me necesitaba. Y por eso, no por otra razón, por intentar llegar a tiempo, procuraba dormirme y de hecho me dormía.

No sé por qué me puse a pensar en mi viaje, en si no tendría prisa al fin y al cabo. Pero no era verdad. Hasta la mañana siguiente no podía ir al banco a sacar y cambiar dinero, y el equipaje estaba hecho: el saco de dormir -¿de soñar?-, las mudas, el bañador y las camisetas, y el cepillo de dientes.

-¿Y el truco? -me refería a una vieja idea infantil, atar el cascabel a una rama e ir agitándolo tirando de un hilo.
-Déjate de trucos. Los cascabeles sólo sonaban si le dabas al pico. Los llevábamos al cuello, en un collar galguero, candados. Además, has de saber que nunca me despidieron. A ellos qué más les daba. En cuanto a Chacinas, el aguador, era un hijo de puta, peor también tenía miedo.
-Yo creía -yo creía que Chacinas no tenía perdón de Dios.
-Tú creías, como casi llegué a creer yo, que la historia de tu abuelo era como la de todos, el saldo de una lucha de clases. Pero no es así. Mi historia, tu herencia, es la historia de un sueño. Escucha. Yo ya estaba resignado a no verla nunca más, ya ni me dormía ni nada, casi al contrario, cuando un domingo, en el Pabellón Recreativo...
-¿El qué?
-El Pabellón Recreativo, algo así como el casino de los pobres. Lo montó uno de la CNT, y a veces venía un camión, desplegaban una sábana, y nos echaban una película gratis. ¿Tú has oído hablar de Perlita de Abril?
-Fue una estrella del cine mudo, ¿no?

-Exacto, una vedette como la copa de un pino. La reconocí en cuanto apareció en la pantalla, desde el primer instante, y digo el primero porque el segundo vino media hora después, cuando desatascaron la bobina del proyector. El primer fotograma se quemó, y aún tuve alguna duda viendo retorcérsele la sonrisa incomparable, pero luego pude comprobarlo con pelos y señales. Incluso tenía el mismo lunar junto a la oreja izquierda. No era una joven perdida en el desierto, bailaba ahora entre caballeros de esmoquin bajo lámparas de araña refulgentes, pero era ella. Imagínate mi conmoción. Me informé a la salida, hablé con el delegado, y supe que aquélla era Perlita, la célebre Perlita de Abril, y que vivía, eso decían, en Madrid. Lo demás ya puedes imaginártelo.

-No, ya no me atrevo a imaginar nada. Prefiero que me lo digas tú. Lo que no entiendo es por qué nunca lo habías contado, ni siquiera a Benito Perojo. ¡Podríais haber hecho una película preciosa!

-Me hubieran tomado por loco, como le pasó a Antonio el Pobre. No obstante, siempre que oigo la expresión "el hombre, la mujer de mis sueños" me entran ganas de poner los puntos sobre las íes. Y además, nunca he renunciado a encontrar un alma gemela, alguna más al menos.

-Abuelo, yo soy tu alma gemela.

-No, no lo eres; y no te importe. Alma gemela mía lo era el mencionado Antonio, pero no tuve valor para decírselo, y mira que me arrepiento. Lo conocí una noche con Paco Rabal, con tu admirado Paco, en un tablado flamenco de la carretera.

-¿Antes de la guerra?

-No, mucho después. Ya tenía yo mi productora en marcha. A Antonio el Pobre le había ocurrido exactamente lo mismo que a mí, o casi, porque él tuvo menos suerte. Quizá por haberlo contado, precisamente. La mujer de sus sueños no le hizo ningún caso, y él, que había abandonado una familia, una situación acomodada, unas tierras, un futuro por ella, fue decayendo inexorablemente, persiguiéndola de teatro en teatro, de ciudad en ciudad, embriagándose de vino y de desprecios, hasta convertirse en un mendigo.

-¿Y tú?

-¿Yo qué?

-¿Qué pasó con Perlita?

-Yo a Perlita no le dije nada. ¡Ni siquiera cuando le salvé la vida! Pero ésta es ya otra historia, y no voy a aburrirte más. Tendrás que hacer tu equipaje.

Ni que decir tiene que no estaba dispuesta a soltar presa. Incluso Orson Welles, Emiliano Piedra, Ava Gardner, todos los héroes queridos de las fotografías dedicadas estiraban el cuello, como si en vez de obedecer al fotógrafo compartieran mi curiosidad. La idea de que aquella misteriosa abuela mía desaparecida en la República hubiera sido una actriz de cine mudo me encantó. ¿Fue mi padre hijo

de soltera, era por eso por lo que nunca se mencionaba el asunto? Esto tenía mucho sentido, pero no se me ocurría otra cosa.

-Perlita de Abril tenía cincuenta años cuando la conocí, y estaba gorda, gorda como un trullo. Mas eso no fue lo malo, sino que me pareció una vieja muy antipática y muy fea, ¿sabes?

-¡Abuelo!

-Como lo oyes. Al principio fue un duro golpe.

-Entonces, la abuela...

-La abuela era preciosa, trigueña y dulce, como tú. Pero no era actriz, sino costurera. Su costurera, claro. Si no te hablamos nunca de ella es porque la fusilaron. ¡Tenía un niño de pecho, y la fusilaron!

Esta vez el silencio fue el silencio, la razón más sorda que he oído nunca: cuatro tiros perdidos en un valle de ecos rotos.

-Todavía no sé por qué no te lo habíamos contado nunca.

-¡Abuelo!

-¿Qué?

-Te quiero.

-Bah, bah, deja eso ahora.

Lo dijo con cierta displicencia, muy viril, aclarándosele la voz al tiempo que recuperaba la firmeza.

Verdaderamente hacía un calor inaguantable aquella tarde en Madrid. Florencia también se las trae a veces, para qué vamos a engañarnos. Yo le digo a Nani que se ha quedado calvo de tanto ponerse la gorra, de tanto sufrir por el proletariado en una ciudad donde sólo hay turistas. Se enfada y me dice que le deje en paz. Me pregunto por qué me aguanta al cabo de tantos años, qué es lo que ve en mí, si no será que alguna vez tuvo un sueño y no ha querido olvidarlo.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya